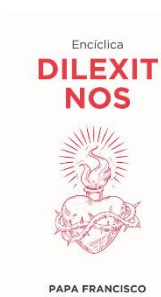


Configurar nuestro corazón con el Corazón de Cristo para ser misioneras del alma



Queridas Hermanas para el inicio de este año 2026 les proponemos, para la jornada de retiro, que nos detengamos en algunos numerales de la Carta Encíclica Dilexit Nos del Santo Padre Francisco sobre El Amor Humano y Divino del Corazón de Jesucristo.

Como CTSJ estamos llamadas a configurarnos con el corazón de Cristo, contemplado y vivido por nuestras Madres Fundadoras, desde esta motivación es interesante adentrarnos en algunos numerales del capítulo quinto que conecta la devoción al corazón de Cristo con la misión evangelizadora y la construcción de un mundo más justo y solidario. Este capítulo lleva por título AMOR POR AMOR.

Motivación

Antes de iniciar nuestro encuentro personal con el corazón de Cristo, en este capítulo de la encíclica, disponemos nuestro corazón haciendo silencio para escuchar como está nuestro corazón, su ritmo, sus anhelos, sus preocupaciones... de modo que con sencillez podamos presentarle esto que estamos viviendo al Señor. (Momento orante-contemplativo)

Escuchamos la canción a corazón de Jesús de Cristóbal Fones https://www.youtube.com/watch?v=racy_qbWA6c

Buscamos un lugar que nos permita disfrutar del silencio y el encuentro para permanecer a solas con quien sabemos nos ama de modo que, podamos leer e interiorizar los numerales que les proponemos en 4 momentos de reflexión oración.

Cada tome conciencia de que no es preciso abarcar toda la propuesta, en el momento en que consideren oportuno y conducidas por el Espíritu detienen su oración-reflexión-contemplación donde más se sientan movidas por Él.

1. Iniciemos con los numerales 165, 166, 167 y 171. Subrayamos o nos quedamos con alguna frase o intuición que motive nuestro corazón a reconocer, valorar, acoger o confrontar alguna llamada del Espíritu Santo.

Un lamento y un pedido

165. A partir de la segunda gran manifestación a santa Margarita, Jesús expresa el dolor porque su gran amor a los hombres no recibe a cambio «por procurar su bien, sino frialdad y repulsas [...] ingratitudes y desprecios. Esto —dice el Señor— me es mucho más sensible, que cuanto he sufrido en mi pasión».¹

166. Jesús habla de su sed de ser amado, nos muestra que no es indiferente a su Corazón la reacción que nosotros tengamos ante su deseo: «Tengo sed, pero una sed tan ardiente de ser amado de los hombres en el Santísimo Sacramento, que esta sed me consume; y no hallo nadie que se esfuerce, según mi deseo, en apagármela, correspondiendo de alguna manera a mi amor».² El pedido de Jesús es amor. Cuando el corazón creyente lo descubre, la respuesta que brota espontáneamente no consiste en una pesada búsqueda de sacrificios o en el mero cumplimiento de un pesado deber, es cuestión de amor: «Recibí de Dios gracias excesivas de su amor, y

¹ S. Margarita María Alacoque, *Autobiografía*, c. V, 115.

² Carta 133 (3 noviembre 1689), *Al P. Croiset*, en *Vida y Obras completas*, 464.

sintiéndome movida del deseo de corresponderle en algo y rendirle amor por amor».³ Así enseña León XIII, escribiendo que, mediante la imagen del Sagrado Corazón, la caridad de Cristo «nos incita a devolverle amor por amor».⁴

Prolongar su amor en los hermanos



167. Necesitamos volver a la Palabra de Dios para reconocer que la mejor respuesta al amor de su Corazón es el amor a los hermanos, no hay mayor gesto que podamos ofrecerle para devolver amor por amor. La Palabra de Dios lo dice con total claridad:

«Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (*Mt 25,40*).

«Toda la Ley está resumida plenamente en este precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (*Ga 5,14*).

«Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la Vida, porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte» (*1 Jn 3,14*).

«¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?» (*1 Jn 4,20*).

171. Aun desde el punto de vista de la herida de su Corazón, la mirada dirigida al Señor, que «tomó nuestras debilidades y cargó sobre sí nuestras enfermedades» (*Mt 8,17*), nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a las carencias de los demás, nos hace fuertes para participar en su obra de liberación, como instrumentos para la difusión de su amor.⁵ Si contemplamos la entrega de Cristo por todos, se nos vuelve inevitable preguntarnos por qué no somos capaces de dar la vida por los demás: «En esto hemos conocido el amor: en que él entregó su vida por nosotros. Por eso, también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos»

2. Detengámonos ahora en aquello que el Señor espera que reparemos con la ayuda de la gracia leyendo los números 181, 182, 183, 184, 185 y 189. Descubramos en estos numerales la posibilidad que tenemos de ser constructoras de la anhelada civilización del amor.

La reparación: construir sobre las ruinas

181. Todo lo dicho nos permite comprender, a la luz de la Palabra de Dios, cuál es el sentido que debemos dar a la “reparación” que se ofrece al Corazón de Cristo, qué es lo que realmente el Señor espera que reparemos con la ayuda de su gracia. Se ha discutido mucho al respecto, pero san Juan Pablo II ha ofrecido una respuesta clara para orientarnos a los cristianos de hoy hacia un espíritu de reparación en mayor sintonía con el Evangelio.

Sentido social de la reparación al Corazón de Cristo

182. San Juan Pablo II explicó que, entregándonos junto al Corazón de Cristo, «sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, se podrá construir la tan deseada civilización del amor, el reino del Corazón de Cristo»; esto ciertamente implica que seamos capaces de «unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo»; pues

³ Íd., *Autobiografía*, c. VIII, 187.

⁴ Carta enc. *Annum Sacrum* (25 mayo 1899): ASS 31 (1898-99), 649.

⁵ Cf. Benedicto XVI, *Carta al Prepósito general de la Compañía de Jesús, con motivo del 50º aniversario de la encíclica Haurietis aquas* (15 mayo 2006): AAS 98 (2006), 461.

bien, «esta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador».⁶ Junto con Cristo, sobre las ruinas que nosotros dejamos en este mundo con nuestro pecado, se nos llama a construir una nueva civilización del amor. Eso es reparar como lo espera de nosotros el Corazón de Cristo. En medio del desastre que ha dejado el mal, el Corazón de Cristo ha querido necesitar nuestra colaboración para reconstruir el bien y la belleza.



183. Es cierto que todo pecado daña a la Iglesia y a la sociedad, por lo que «se puede atribuir a cada pecado el carácter de pecado social», aunque esto vale sobre todo para algunos pecados que «constituyen, por su mismo objeto, una agresión directa contra el prójimo».⁷ San Juan Pablo II explicaba que la repetición de estos pecados contra los demás muchas veces termina consolidando una “estructura de pecado” que llega a afectar el desarrollo de los pueblos.⁸ Muchas veces esto se inserta en una mentalidad dominante que considera normal o racional lo que no es más que

egoísmo e indiferencia. Este fenómeno se puede definir “alienación social”: «Está alienada una sociedad que, en sus formas de organización social, de producción y de consumo, hace más difícil la realización de esta donación y la formación de esta solidaridad interhumana».⁹ No es sólo una norma moral lo que nos mueve a resistir ante estas estructuras sociales alienadas, desnudarlas y propiciar un dinamismo social que restaure y construya el bien, sino que es la misma «conversión del corazón» la que «impone la obligación»¹⁰ de reparar esas estructuras. Es nuestra respuesta al Corazón amante de Jesucristo que nos enseña a amar.

184. Precisamente porque la reparación evangélica posee este fuerte sentido social, nuestros actos de amor, de servicio, de reconciliación, para que sean eficazmente reparadores, requieren que Cristo los impulse, los motive, los haga posibles. Decía también san Juan Pablo II que «para construir la civilización del amor» la humanidad actual tiene necesidad del Corazón de Cristo.¹¹ La reparación cristiana no se puede entender sólo como un conjunto de obras externas, que son indispensables y a veces admirables. Esta exige una mística, un alma, un sentido que le otorgue fuerza, empuje, creatividad incansable. Necesita la vida, el fuego y la luz que proceden del Corazón de Cristo.

Reparar los corazones heridos

185. Por otra parte, tampoco le basta al mundo, ni al Corazón de Cristo, una reparación meramente externa. Si cada uno piensa en sus propios pecados y en sus consecuencias en los demás, descubrirá que reparar el daño hecho a este mundo implica además el deseo de reparar los corazones lastimados, allí donde se produjo el daño más profundo, la herida más dolorosa.



189. Parte de este espíritu de reparación es el hábito de pedir perdón a los hermanos, que hace presente una enorme nobleza en medio de nuestra fragilidad. Pedir perdón es un modo de sanar las relaciones porque «reabre el diálogo y demuestra el deseo de restablecer el vínculo en la caridad fraterna [...], toca el corazón del hermano, lo consuela y le inspira la aceptación del perdón solicitado. Así, si lo irreparable no puede repararse del todo, el amor siempre puede renacer, haciendo soportable la herida».¹²

⁶ *Carta al Prepósito general de la Compañía de Jesús*, Paray-le-Monial (5 octubre 1986): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (19 octubre 1986), p. 4.

⁷ S. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsin. *Reconciliatio et Paenitentia* (2 diciembre 1984), 16: AAS 77 (1985), 215.

⁸ Cf. *Carta enc. Sollicitudo rei socialis* (30 diciembre 1987), 36: AAS 80 (1988), 561-562.

⁹ *Carta enc. Centesimus annus* (1 mayo 1991), 41: AAS 83 (1991), 844-845.

¹⁰ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1888.

¹¹ Cf. *Catechesis* (8 junio 1994), 2: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (10 junio 1994), p. 3.

¹² *Discurso a los participantes del Coloquio internacional “Réparer l’irréparable”, en el 350 aniversario de las apariciones de Jesús en Paray-le-Monial* (4 mayo 2024): *L'Osservatore Romano* (4 mayo 2024), p. 12.

3. Dejémonos iluminar por Santa Teresa del Niño Jesús en su ofrenda al Amor Misericordioso para el desarrollo de una misión entendida desde la irradiación del amor del corazón de Cristo, como experiencia personal que ha cambiado el corazón de la persona misionera. Oremos los siguientes numerales: 191, 195-200, 202.



La reparación: una prolongación para el Corazón de Cristo

191. Hay otro modo complementario de entender la reparación, que nos permite colocarla en una relación aún más directa con el Corazón de Cristo, sin excluir de esa reparación el compromiso concreto con los hermanos del cual hemos hablado.

195. Para reflexionar mejor sobre este misterio, nos ayuda nuevamente la luminosa espiritualidad de santa Teresa del Niño Jesús. Ella sabía que algunas personas habían desarrollado una forma extrema de reparación, con la buena voluntad de entregarse por los demás, que consistía en ofrecerse como una especie de “pararrayos” de manera que la justicia divina se realizara: «Pensaba en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios para desviar y

atraer sobre sí mismas los castigos reservados a los culpables». ¹³ Pero, por más admirable que esa ofrenda pudiera parecer, a ella no le convencía demasiado: «Yo estaba lejos de sentirme inclinada a hacerla». ¹⁴ Esta insistencia en la justicia divina finalmente inducía a pensar que el sacrificio de Cristo era incompleto o parcialmente eficaz, o que su misericordia no era suficientemente intensa.

196. Con su intuición espiritual santa Teresa del Niño Jesús descubrió que hay otra forma de ofrendarse a sí mismo, donde no hay necesidad de saciar la justicia divina sino de permitir al amor infinito del Señor difundirse sin obstáculos: «¡Oh, Dios mío!, tu amor despreciado ¿tendrá que quedarse encerrado en tu corazón? Creo que, si encontraras almas que se ofreciesen como víctimas de holocausto a tu amor, las consumirías rápidamente. Creo que te sentirías feliz si no tuvieses que reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en ti». ¹⁵

197. No hay nada que agregar al único sacrificio redentor de Cristo, pero es verdad que el rechazo de nuestra libertad no le permite al Corazón de Cristo dilatar en este mundo sus «oleadas de infinita ternura». Y esto es así porque el mismo Señor quiere respetar esta posibilidad. Eso, más que la justicia divina, es lo que inquietaba el corazón de santa Teresa del Niño Jesús, ya que para ella la justicia sólo se comprende a la luz del amor. Vimos que ella adoraba todas las perfecciones divinas a través de la misericordia, y así las veía transfiguradas, radiantes de amor. Decía: «Incluso la justicia (y quizás ésta más aún que todas las demás) me parece revestida de amor». ¹⁶

198. Así nace su acto de ofrenda, no a la justicia divina, sino al Amor misericordioso: «Me ofrezco como víctima de holocausto a tu Amor misericordioso, y te suplico que me consumas sin cesar, haciendo que se desborden sobre mi alma las olas de ternura infinita que se encierran en ti, y que de esa manera llegue yo a ser mártir de tu amor, Dios mío». ¹⁷ Es importante advertir que no se trata sólo de permitir que el Corazón de Cristo extienda la belleza de su amor en el propio corazón, a través de una confianza total, sino también que a través de la propia

¹³ Ms A, 84 rº, 246

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Ms A, 83vº, 245; cf. Cta 226, *Al P. Roulland* (9 mayo 1897), 585-589.

¹⁷ Oración 6, *Ofrenda de mí misma como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios* (9 junio 1895), 759.

vida llegue a los demás y transforme el mundo: «En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor [...] ¡¡¡ Así mi sueño se verá hecho realidad...!!!». ¹⁸ Los dos aspectos están inseparablemente unidos.

199. El Señor aceptó su ofrenda. Vemos que tiempo después ella misma expresó un intenso amor por los demás y sostuvo que procedía del Corazón de Cristo que se prolongaba a través de ella. Así, le decía a su hermana Leonia: «Te quiero mil veces más tiernamente de lo que se quieren las hermanas normales y corrientes, ya que yo puedo amarte con el Corazón de nuestro Esposo celestial». ¹⁹ Un tiempo después dijo a Maurice Bellière: «¡Cómo me gustaría hacerle comprender la ternura del Corazón de Jesús y lo que él espera de usted!». ²⁰

200. Hermanas y hermanos, propongo que desarrollemos esta forma de reparación, que es, en definitiva, ofrendar al Corazón de Cristo una nueva posibilidad de difundir en este mundo las llamas de su ardiente ternura. Si es verdad que la reparación implica el deseo de «compensar las injurias de algún modo inferidas al Amor increado, si fue desdeñado con el olvido o ultrajado con la ofensa» ²¹, el camino más adecuado es que nuestro amor regale al Señor una posibilidad de expandirse por aquellas veces en que esto le fue rechazado o negado. Esto ocurre si se va más allá del mero “consuelo” a Cristo del cual hablamos en el capítulo anterior, y se convierte en actos de amor fraterno con los cuales curamos las heridas de la Iglesia y del mundo. De ese modo ofrecemos nuevas expresiones al poder restaurador del Corazón de Cristo.

202. Muchas veces los sufrimientos tienen que ver con el propio ego herido, pero es precisamente la humildad del Corazón de Cristo la que nos indica el camino del abajamiento. *Dios ha querido llegar a nosotros anonadándose, empequeñeciéndose. Ya lo enseña el Antiguo Testamento a través de distintas metáforas que muestran a un Dios que entra en las pequeñeces de la historia y se deja rechazar por su pueblo. Su amor se entremezcla en la vida cotidiana del pueblo amado y se vuelve mendigo de una respuesta, como pidiendo permiso para mostrar su gloria. Por otra parte, «quizá una sola vez el Señor Jesús nos ha llamado con sus palabras al propio corazón. Y ha puesto de relieve este único rasgo: “mansedumbre y humildad”. Como si quisiera decir que sólo por este camino quiere conquistar al hombre».* ²² Cuando Cristo dijo: «aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón» (Mt 11,29) nos indicó que «para expresarse necesita nuestra pequeñez, nuestro abajamiento». ²³



4. Quien ha vivido un camino de abajamiento con un espíritu semejante al de Cristo, de mansedumbre y humildad se convierte en *misionera de alma* porque no obligan, sino que mueven a los otros a preguntarse cómo es posible tal amor. Dejemos que los numerales 205, 207, 209 y 210 nos ayuden a identificar de manera personal los rasgos de nuestra misión.

¹⁸ Ms B, 3vº, 261.

¹⁹ Cta 186, A Leonia (11 abril 1896), 538.

²⁰ Cta 258, Al abate Bellière (18 julio 1897), 611.

²¹ Pío XI, Carta enc. *Miserentissimus Redemptor* (8 mayo 1928), 5: AAS 20 (1928), 169

²² S. Juan Pablo II, *Catequesis* (20 junio 1979): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (24 junio 1979), p. 3.

²³ *Homilía durante la Santa Misa*, Domus Sanctae Marthae (27 junio 2014): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (4 julio 2014), p. 10.

Enamorar al mundo

205. La propuesta cristiana es atractiva cuando se la puede vivir y manifestar en su integralidad; no como un simple refugio en sentimientos religiosos o en cultos fastuosos. ¿Qué culto sería para Cristo si nos conformáramos con una relación individual sin interés por ayudar a los demás a sufrir menos y a vivir mejor? ¿Acaso podrá agradar al Corazón que tanto amó que nos quedemos en una experiencia religiosa íntima, sin consecuencias fraternas y sociales? Seamos sinceros y leamos la Palabra de Dios en toda su integralidad. Pero por esta misma razón decimos que tampoco se trata de una promoción social vacía de significado religioso, que en definitiva sería querer para el ser humano menos de lo que Dios quiere darle. Por eso necesitamos culminar este capítulo recordando la dimensión misionera de nuestro amor al Corazón de Cristo.

209. La misión, entendida desde la perspectiva de la irradiación del amor del Corazón de Cristo, exige misioneros enamorados, que se dejan cautivar todavía por Cristo y que inevitablemente transmiten ese amor que les ha cambiado la vida. Entonces les duele perder el tiempo discutiendo cuestiones secundarias o imponiendo verdades y normas, porque su mayor preocupación es comunicar lo que ellos viven y, sobre todo, que los demás puedan percibir la bondad y la belleza del Amado a través de sus pobres intentos. ¿No es lo que ocurre con cualquier enamorado?

210. Hablar de Cristo, con el testimonio o la palabra, de tal manera que los demás no tengan que hacer un gran esfuerzo para quererlo, ese es el mayor deseo de un misionero de alma. No hay proselitismo en esta dinámica de amor, son las palabras del enamorado que no molestan, que no imponen, que no obligan, sólo mueven a los otros a preguntarse cómo es posible tal amor. Con el máximo respeto ante la libertad y la dignidad del otro, el enamorado sencillamente espera que le permitan narrar esa amistad que le llena la vida.

Reflexión-orante

1. Jesús tiene sed de ser amado. ¿Cuál es la mejor respuesta al amor de su Corazón?
2. ¿Cómo podrías vivir el sentido social de la reparación evangélica?
3. ¿A qué te invita la “intuición espiritual” de santa Teresa del Niño Jesús en su Acto de ofrenda?
4. ¿Qué aporta el amor al Corazón de Cristo a la misión evangelizadora de la CTSJ a la Iglesia hoy?

Las invitamos a concluir esta jornada de retiro con una conversación en el Espíritu en la que cada Hermana compartirá aquello que ha sido más significativo para su vida espiritual y misionera. Después de este compartir identifican como comunidad un texto bíblico que ilumine aquello que ha sido comunicado e inspirado a la comunidad, se lee en voz alta y como María con gratitud la comunidad ora el Magnificat.



“La misión, entendida desde la perspectiva de la irradiación del amor del Corazón de Cristo, exige misioneros enamorados, que se dejan cautivar todavía por Cristo y que inevitablemente transmiten ese amor que les ha cambiado la vida.” (DN 209)